

mil soldados disciplinados dispersaron totalmente aquella multitud.

Entonces Alejandro ya no tuvo otra cosa que hacer sino volar sobre Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana, residencias reales. Un traidor mató á Darío, y de este modo Alejandro quedó rey legítimo según las ideas orientales. Bosso, que mató á Darío, trató de formarse un reino de la Bactriana; pero el Macedonio lo persiguió por países más elevados que los Alpes, sin tener mapas ni huellas anteriores, poniendo á prueba la admirable constancia de sus soldados. Lo castigó y se dirigió luego hacia Samarcanda, y habiéndose provisto de caballos en un país en que tanto abundan, fué al Sihun (Jasarte), donde fundó una nueva Alejandria. Los que hayan observado cuánta parte tuvieron siempre en todas las revoluciones del Asia las ciudades situadas á orillas de aquel río, comprenderán cuán acertadamente procedió en ello Alejandro.

Señor del Caspio y con un camino militar hacia Herat y Nisciapua, abrió comunicaciones entre todas las partes de Persia y fundó ciudades griegas, las cuales han continuado hasta hoy siendo el centro de su comercio. Prosiguió entonces hacia el Cabul, país cuyas dificultades se han conocido hace poco tiempo. Muy diferente del Indostan por su civilización, reinaban allí el feudalismo y el vasallaje entre poblaciones mixtas y heterogéneas, unas dominantes, otras súbditas, muchos Estados libres con una aristocracia militar cual nunca la hubo en la India propiamente dicha. Los feudatarios armados resistieron valerosamente, y Alejandro dirigió su cólera contra los monjes y penitentes, crueldad inútil cuando no la impulsaba el temor de tradiciones, á no ser que queramos creer que, como los modernos, saliesen de su inactiva contemplación para excitar el patriotismo á la resistencia.

Si no encontró oposición en el Indo, la tuvo en Chelum (Sdaspe), por donde pasó á la vista de un rey enemigo (Porro), y súbitamente dió la batalla y venció. Siempre se exponía personalmente, queriéndolo así el genio griego, formado sobre el tipo de Aquiles.

Ya indicamos que Alejandro fué obligado algunas veces á hacer la voluntad de sus tropas, las cuales se negaron entonces á pasar más allá del Fasi (Beg-ah), por lo que tuvo que retirarse, dejando guarniciones desde Gazna á Cabul, y en las marchas ocupó varios pasos, de modo que las montañas entra la Persia y la India quedaron accesibles; domó á los montañeses y estableció gobernadores después de haberse granjeado amigos, de modo que el Indo le quedó abierto.

Habiendo reunido una escuadra á las órdenes de Nearco, él mismo bajó por este río en una nave de treinta remos, queriendo someter el litoral desde la confluencia del Chelum con el Ichenab hasta la embocadura del Indo que hubiera sido otra comunicación con la Persia. Fundó otra Alejandria donde entran en el mar

los cinco ríos que dan nombre al Pengiab. Una división de la escuadra debía bajar á lo largo del Elmund hasta el lago Ierrah, después atravesar el desierto de Seistan para introducirse en la Baramania, y completar de este modo el reconocimiento del país de la parte de acá del Indo y consolidar las relaciones. La otra con Nearco debía explorar los puertos y las costas desde la embocadura del Tigris hasta la del Indo.

De aquí se deduce cuán grandioso era el plan estratégico de Alejandro, y las particularidades reveladas por Polibio y mucho más por Auliano convencen de su inmensa capacidad. Él volvió por el desierto de la Gedrosia, que sabía fué fatal á Semíramis y á Ciro; y en verdad sufrió horriblemente, perdió el botín y los bagajes, hasta que llegó á Pura, su capital, donde concluyeron las penas y comenzaron los triunfos, en los cuales quiso imitar á Baco.

Entonces fijó su atención en establecer la conquista bajo cierto sistema. En Persia no destruyó la antigua administración, pero la modificó; conservó las satrapías que estaban en armonía con la índole de aquellos pueblos, pero quitó las prestaciones personales que usaban; separó la autoridad civil de la administración de las rentas públicas y del mando militar. En la India conservó los radjas nacionales, pero los sometió á la vigilancia macedónica. Donde le parecían sospechosas las poblaciones, establecía colonias que fueron gérmenes de futuras ciudades. Entretanto facilitó las comunicaciones por medio de caminos; domando á los Usos, los Concianos y otros Bárbaros, hizo que los Sogdianos y Bactrianos pudiesen cultivar sus campos con seguridad, y preparó el cauce del Eufrates de modo que volviese á fertilizar las campiñas de Asiria.

Después de la victoria de Arbela ya cesó de tratar á los Persas como vencidos, y luego con la idea de que hubiese una fusión entre vencedores y subyugados, hizo que las doncellas de estos casasen con sus oficiales; admitió á los Persas en la corte y en el ejército; colocó igualmente en los empleos á Medos, Macedonios y Griegos, y él mismo adoptó las costumbres y ceremonias de los Persas y casó con la hija de Darío.

Pero la victoria dió vértigos á Alejandro; persiguió á los Magos y no toleraba la oposición de los Macedonios; estos, á pesar de su admiración hacia el que los cubría de gloria, sufrían con disgusto, le difamaban, urdían sus tramas, al paso que él se irritaba y llegaba á ser colérico, desconfiado y despótico. El asesinato de Clito, que Alejandro expió con un dolor implacable, fué efecto de embriaguez. Filotas, hijo de Parmenion, fué condenado al suplicio por sus mismos iguales por tramas, y Alejandro no solo lo dejó matar, sino que también hizo asesinar á su padre. Calistenes era un sofista que ensalzaba á Alejandro como á un dios, pero pretendía reinar desde su altar; mas habiéndole

contrariado, llegó á serle hostil y con una conspiración le ofreció una causa ó pretexto para ser condenado. Para el poderoso toda resistencia parece ingratitud, y Alejandro se formó un ejército de Asiáticos, disciplinados á la europea, con los cuales podía en caso de necesidad asaltar á los Macedonios que ya llegaban á serle sospechosos.

Tampoco estaba inactiva la Grecia, la cual continuaba sus manejos en daño de Alejandro. Este encontraba siempre soldados griegos en las filas enemigas, y embajadores griegos entre los prisioneros, y sin embargo envió á los templos de Atenas una gran porción del botín que encontró en Gránico, y dejó que volviesen libremente á su país los embajadores que ella había mandado á Darío, y le restituyó las estatuas de Armodio y Aristogiton halladas en Susa. Pero para Alejandro la Grecia no era más que un apéndice de su extensísimo imperio, al cual destinaba por capital la ciudad de Babilonia. Los ríos de que Mesopotamia toma su nombre y riquezas, se habían de habilitar de nuevo para la navegación y ponerla en correspondencia con todo el mundo; nueve ciudades se levantarían en los lugares más ventajosos, y por todas partes se verían monumentos que eclipsasen cuantos presentaban el Egipto y la Mesopotamia. Pero en medio de estos proyectos murió Alejandro (323 antes de C.) en la edad en que el hombre apenas puede llamarse completo.

Sus funerales fueron magníficos. « Siendo arconte en Atenas Filócles, y cónsules en Roma Q. Sulpicio y Q. Aulio, Arideo, encargado de la traslación del cuerpo de Alejandro, habiendo hecho preparar el carro que debía conducir el real cadáver, se aprestaba para el viaje, y como aquel carro estaba arreglado de un modo verdaderamente digno de la majestad de Alejandro, y superó en gran manera á todo otro visto hasta entonces, no tanto por la magnificencia de su coste cuanto por la maravillosa excelencia de su trabajo, juzgamos conveniente escribir sobre él algún recuerdo.

« La caja para el cadáver estaba trabajada á martillo, perfectamente adaptada al cuerpo que debía contener, y en su mitad llena de aromas: la cubierta, que era de oro como toda la caja, la cerraba por todo el rededor, y sobre ella se extendía una clámide de bellísima púrpura y brocado de oro, junto á la cual estaban colocadas las armas del difunto, aludiendo á sus diferentes expediciones. El carro tenía ocho codos de ancho y doce de largo, y formaba una especie de tabernáculo de oro, cuya parte superior tenía la figura de una cúpula cubierta por fuera de escamas de preciosísimas piedras. Bajo de la cúpula se veía un trono de oro de forma cuadrada, donde estaban retratadas varias cabezas de grifos y unidos á ellas arcos de oro de dos palmas, de los cuales pendían graciosamente coronas esmaltadas de distintos colores, y tan bien hechas que las flores que

representaban parecían verdaderas. De lo más alto colgaba una franja en forma de red, que tenía suspendidas campanillas tan grandes que su sonido se oía lejos, y en los ángulos de la cornisa que estaba bajo de la cúpula había en cada uno una Victoria que tenía en la mano un trofeo. El peristilo del centro de la bóveda, también de oro, tenía columnas de orden jónico, por cuyos intersticios corría una red de oro del grueso de un dedo, que sostenía cuatro cuadros emblemáticos, los cuales podría decirse que hacían las veces de paredes. Ved aquí lo que representaban. En el primero había un carro cincelado, y sobre él sentado Alejandro con el cetro en la mano; á su rededor se veían guardias armados, por una parte Macedonios y por otra Persas Meloforos, y delante de ellos los escuderos. En el segundo había detrás de sus guardias elefantes enjaezados al estilo guerrero que llevaban Indios delante y Macedonios atrás, todos armados según acostumbraban. Aparecían en el tercero una multitud de caballos que imitaban los escuadrones de los ejércitos. Finalmente, en el cuarto había ciertas naves preparadas al combate.

« Á los pies del canecillo había leones de oro mirando á los que querían entrar, y desde la mitad de cada columna salían unos tallos de acanto, también de oro, los cuales se extendían poco á poco hasta el capitel, y desde la cima de la cúpula bajaba un tapete de oro en forma de un pálido, sobre el cual se veía una corona de olivo hecha igualmente de oro y de extremada grandeza, y cuando el sol batía sus rayos sobre ella, producía los brillantes colores del arco iris que de trecho en trecho tomaban la apariencia del rayo. El carro, tenía dos ejes, á cuyo rededor giraban cuatro ruedas persas; sus cubos y sus rayos eran dorados y la parte de las ruedas que batía sobre la tierra de hierro. Los extremos de los ejes eran de oro y representaban caras de leones que tenían una lanza en la boca, y á una mitad de la anchura del centro se hallaba colocado con mucho artificio un gozne, con el cual no había que temer que la cúpula sufriese ningún detrimento por los choques que pudiera experimentar por cualquiera obstáculo del camino que le ocasionase algún sacudimiento. El carro tenía cuatro lanzas, y á cada una se unían cuatro órdenes de yugos, y cada yugo se componía de cuatro mulos, ascendiendo por consiguiente el número total de mulos á sesenta y cuatro, elegidos entre los mayores y más robustos. Cada uno de estos animales iba adornado con una corona dorada, y á los lados de sus cabezas colgaban varias campanillas de oro, y del cuello collarines de piedras preciosas.

« Tal era el aparato de este carro, el cual siendo más magnífico á la vista que cuanto pueda aparecer de su descripción, atraía por su fama espectadores de todas partes. Por las ciudades que pasaba, acudían en tropel las gentes, y aun siguiendo el convoy mientras

caminaba, no podían saciarse de admirarlo. Multitud de artifices y operarios, como era consiguiente á tanta magnificencia, precedían el carro, unos para dirigir la procesion, y otros para abrir caminos y proveer á las demas necesidades.

» Dos años pasó Arideo en los preparativos de esta traslacion, y despues la ejecutó llevando el cuerpo del rey desde Babilonia á Egipto, de donde Tolomeo, queriendo honrar á Alejandro, salió á su encuentro con su ejército hasta Siria, y habiéndolo hallado lo tuvo á mucha dicha (1). »

Al morir Alejandro, su obra permanecia sin concluir, pero no estaba destruida. Plutarco escribió un opúsculo para sostener que Alejandro no conquistó el Oriente, sino con la idea de civilizarlo. Esto es suponerle ideas mas precisas que las que suelen nacer en aquellos que la Providencia elige por sus mas nobles instrumentos. Es necesario conceder, pues, que no fué un instrumento ciego, y Eratóstenes, examinando sus cartas, se aseguró de su pronto y exacto raciocinio; y en verdad se distingue mucho de todos los conquistadores antiguos que siempre y por todas partes aniquilaban la civilizacion de los vencidos, y en muchos lugares llegaron hasta á supultar su memoria. Para esto era preciso conocerla anticipadamente, y con este objeto llevaba consigo un estado mayor, semejante á los nuestros, una seccion de geografia, otra para formar planos, hacer las medidas y ordenar los campamentos; otros entretanto recogian las cosas raras que se remitian á Aristóteles y libros á los Griegos de Italia, porque quien se propone amalgamar los pueblos debe conocerlos á todos y con todos tener simpatias.

La fundacion de Alejandria en lugar tan oportuno bastaria para atestiguar el genio y los proyectos del gran Macedonio, que abria comunicaciones entre Oriente y Occidente al comercio y al pensamiento. Nosotros no somos mas que admiradores de los vastos imperios; pero fué una cosa admirable para aquellos tiempos el someter á una misma y regular administracion pueblos acostumbrados hasta entónces á combatir y tiranizarse. Aquel imperio pasó con él; sus generales al dividirlo renovaron las antiguas satrapías, con solo la diferencia que los nuevos gobernadores obtuvieron un poder absoluto. No hizo, pues, otra cosa sino fraccionar el imperio persa y facilitar de este modo su conquista á los Romanos, sin la cual no les hubiera sido tan fácil extenderse por el Asia.

Pero si la obra política de Alejandro no llegó á su término, no sucedió lo mismo respecto de

(1) DION. SICULO, lib. XVIII, c. 9. Respecto de este singular monumento se ocuparon muchos eruditos, los cuales trataron de hacer su mejor descripcion, esto es, sacar su dibujo; pero sin citar al marques Poleni y al conde Caylus que trabajaron sobre ello ántes que nuestro siglo nos descubriese tantas antigüedades griegas, Sainte-Croix tambien lo describió de un modo muy diverso del que lo habia hecho Quatremère de Quincy, el cual en las *Memorias del Instituto*, tomo III, hace su descripcion y presenta su dibujo con bastante extension.

la intelectual, por la cual suponemos que fundó á Alejandria; pues sus tres primeros sucesores fueron tan ilustres guerreros como protectores de las ciencias, heredando el pensamiento del conquistador.

En la Grecia estalló la guerra á la muerte de Alejandro; pero ya no era por la libertad, sino por las ambiciones de sus generales. Focion tambien los disuadia de ella como inútil, y á uno de sus adversarios que lo tachaba de liberal, le contestó: « Yo no aconsejo la guerra, á pesar de que en ella te mandaria á ti, como tú á mi en la paz. » Al fin fué decretada y Focion la dirigió valerosamente; pero fué fatal la superioridad de los Macedonios, que habiendo ocupado á Munidio, pusieron en Atenas un gobierno de pocas personas que comenzó por venganzas.

Antes de la expedicion de Asia y despues de destruida Tébas, Alejandro amenazó á Atenas, y habiéndola humillado, la exigió que le entregase ocho oradores que consideraba como jefes de los revoltosos. Demóstenes era de este número, y recordó á sus conciudadanos la fábula de la oveja que dieron al lobo los perros, que debian ser sus defensores. Sin embargo, Atenas hubiera obedecido sin duda, si Demades, orador muy querido de Alejandro, no hubiese obtenido gracia para los proscritos. Despues de esta última prueba de debilidad, Demóstenes y los Atenienses quedaron en la inaccion que les imponia la esclavitud comun de la Grecia y la grandeza de Alejandro. Este ocio llegó á ser para el orador el momento de una terrible lucha. Ocho años ántes Eschino se pronunció contra un decreto por el cual Ctesifonte proponia que se recompensase con una corona de oro la virtud, el valor y los servicios de Demóstenes, el cual habia reedificado los muros de Atenas á sus expensas. La batalla de Queronea, los desastres, los proyectos y los esfuerzos públicos habian suspendido la ejecucion de este decreto y la persecucion del acusador. Pero asegurada de nuevo la tranquilidad en Atenas, Eschino volvió á comenzar su plan con todas las ventajas que contra su enemigo le proporcionaban las desgracias y las humillaciones de su patria. La celebridad de los oradores atrajo á Atenas un inmenso concurso para asistir á este certámén de elocuencia y de ingenio (1). Triunfó Demóstenes, y no habiendo obtenido el acusador la quinta parte de los sufragios, fué desterrado segun la ley. Focion refiere que Demóstenes le siguió cuando salió de Atenas, lo consoló y le hizo aceptar una bolsa, y Eschino exclamó: « ¡Cómo no he de llorar una ciudad, en la que dejo enemigos tan generosos, cuando apenas puedo esperar que encontraré en otra parte amigos que se los asemejen! »

Demóstenes vivió retirado durante la expedicion de Alejandro, con el disgusto de que se

(1) Véanse nuestros documentos de Literatura, n.º III, 53.

poseen los hombres eminentes; pero que no los debilita, precisamente porque son eminentes, y se le oyó exclamar. « Si desde el principio hubiese tenido que elegir entre la muerte ó la tribuna y hubiere conocido los males, las rivalidades y las calumnias de esta, habria preferido mil veces morir (1). » Estos son aquellos instantes de desanimacion que experimentan todas las almas heroicas que están dispuestas á hacer cualquier cosa grande por la humanidad y que á Bruto moribundo hizo exclamar: « ¡Oh virtud, no eres mas que un sueño! » á Gregorio VII. « He seguido la justicia y huido de la iniquidad, por eso muero en el destierro; » y á la misma Sabiduría encargada: « Padre, Padre, ¿ por qué me has abandonado? »

Apénas supo Demóstenes la muerte de Alejandro, salió á llamar de nuevo á los Griegos á la guerra, y los Atenienses honraron aquella perseverancia mandando á Egina una galera para conducirlo con gran pompa. Entró nuevamente en Atenas en medio del regocijo público y se juzgó mas feliz que Alcibíades, puesto que sin armas y sin violencia, solo debia su regreso á la libre voluntad de sus conciudadanos; pero muy pronto Antípater destruyó con una victoria la última liga del patriotismo. La muerte del orador fué decretada y sus conciudadanos la pronunciaron. Huyó de Atenas con algunos amigos que tambien habian sido condenados, en cuyo número se contaba el célebre Iperides. Habiendo pasado solo á la isla de Calandria, se retiró cerca del santuario de Neptuno. Archias, uno de aquellos malvados tan útiles á los tiranos, que de cómico pasó á satélite de Antípater, acudió con algunos soldados para prender al orador y quiso sacarlo ántes de su asilo con falsas promesas. Demóstenes, con su desprecio, hizo que á aquella dulzura fingida sucedieran las amenazas. Pidió algunos instantes para escribir y se aplicó á los labios un cíncel envenenado; despues, adelantándose hácia los soldados, dejó en sus manos su cuerpo, moribundo (322 ántes de J. C.). La frívola Atenas prestó homenaje al que le habia proscrito é hizo levantar una estatua á Demóstenes, adornada con este dístico: « Demóstenes, si tu fuerza hubiera sido adecuada á tu ingenio, el Marte de Macedonia jamas habria domado á la Grecia. »

La vida de Demóstenes fué expuesta á todas las contradicciones de la envidia, y Eschino y Dinarco le pintan como un ciudadano ambicioso é imprudente, hombre perverso y vilmente nacido. Es verdad que recibia sumas considerables del gran rey; pero entónces sacrificaba uno de sus odios á otro, persuadido que los antiguos enemigos de la Grecia eran menos peligrosos que Filipo. Thomas cree que Demóstenes fué inútil, si no perjudicial á su patria. Las inquietudes que el orador causaba á Filipo y el sobresalto del mismo monarca aun

(1) PLUTARCO, 32.

despues de la victoria desmienten esta opinion: ademas conviene oír cómo el orador se justifica por sí mismo, conviene adoptar la nobleza de sus sentimientos, y así como él sabe introducir en la utilidad política aquella utilidad moral que resulta para un pueblo de la conservacion de su carácter y su dignidad, cualquiera que sea su fortuna, es necesario admirar que el orador se dirigiese contra la servidumbre en vez de esperarla. El esfuerzo podia tener buen éxito, y si no á lo ménos quedaba á la nacion el conocimiento de haberlo emprendido y del espíritu que la habia inspirado. La usurpacion combatida no puede ser completa, ni durable.

Demóstenes pertenece especialmente á la posteridad, bajo el título de escritor, y su gloria se explica mejor cuanto mas se la aproxima á los acontecimientos que la ocasionaron. Rousseau dice que *Demóstenes es un orador y Ciceron un abogado*. Quitando á la palabra abogado la injuriosa significacion que jamas fué dada con ménos oportunidad, se puede observar que el mismo Demóstenes presenta la perfeccion del talento del abogado, la precision y vivacidad de la discusion, la agudeza del raciocinio y alguna vez del sofisma, y el arte de elegir y utilizar las circunstancias. La dialéctica parece á primera vista su talento natural, y el entusiasmo de las pasiones ha podido por sí solo elevarlo hasta el sublime, pero los escritos, las leyes y costumbres de los Atenienses están tan léjos de nosotros que su lectura llega á ser fria y penosa. Los sabios sacan de allí curiosas particularidades de erudicion, y el hombre de gusto, el modelo de la brevedad que conviene al foro y que no excluye una prodigiosa fecundidad de pruebas y medios. Es verdad que entre los Atenienses la duracion de la arenga se regulaba sabiamente por una clepsidra; pero lo que facilitaba la victoria á Demóstenes, es el arte de atender exclusivamente á su causa, la cual desarrolla de todos modos con incomprensible rapidez, acumulando razones y economizando frases; demuestra velozmente y calla apénas ha probado. Es sabido que la precision de Demóstenes no quita nada á las particularidades, á los cuadros y á los efectos de la elocuencia: ¿ de otro modo hubiera sido gran orador? Pero la primera virtud de su estilo es el movimiento; convendria seguirlo y correr con él. Todavía nos arrastran sus palabras dos mil años despues de haber existido Filipo y la libertad. Su diction es exacta, enérgica, familiar; sus conveniencias agudas y nobles; y todo su discurso está animado de una vida interior é impulsado por un soplo impetuoso. En medio de tal vehemencia no puede ménos de admirarse la superior razon y los conocimientos políticos del orador.

Estos discursos llenos de poesia y de fuego encierran las instrucciones mas precisas y mas saludables sobre todas las particularidades del gobierno y de la guerra. El orador jamas dirige sus invectivas á un objeto en el cual la invec-

tiva pueda parecer elocuente. Si expone una empresa de Filipo, manifiesta sus medios, los obstáculos y peligros, pinta la desanimación de los Atenieses, los excita á que hagan un gran esfuerzo, los instruye de los medios necesarios, los organiza un ejército, forma un gran plan de guerra, bastándole una breve arenga para decirlo todo. Tal precisión en el discurso y tal extensión de conocimientos son propios de un verdadero hombre de Estado, y el gran orador tiene el arte de añadir la riqueza y la popularidad de su lenguaje. Demóstenes (según observa Dionisio de Halicarnaso) trasportó á sus arengas políticas muchas de las dotes de Tucídides, aquellos rasgos rápidos y penetrantes, aquella aspereza, aquella amargura, aquella vehemencia que revela las pasiones; pero no ha imitado sus formas poéticas é inusitadas, porque no las juzgaba convenientes á la seria elocuencia de la tribuna; jamás busca figuras no exactas ó poco usadas, ni frases atrevidas; se atiene á la sencillez del lenguaje habitual que adorna y anima con metáforas, y casi nunca expresa su pensamiento sin imágenes.

Se dijo, sin fundamento, que la elocuencia de Demóstenes hubiera tenido mejor resultado en Roma y la de Cicerón en Atenas; pero aquellos dos grandes hombres no ignoraban ciertamente que el gusto de los oyentes debe ser la regla de los oradores. La elocuencia copiosa y peyorística, las expresiones sabiamente calculadas de Cicerón que tan fácilmente se prestaban al elogio de un vencedor y al de un señor, le fueron siempre necesarias ante el Senado ó ante el pueblo. Era preciso hablar con respeto á los Romanos, cuya altivez hubiera acogido mal las reprensiones ó lecciones; pero la austera dureza de Demóstenes imponía á la ligereza de los Atenieses sus amargas reprensiones, y sus siniestras predicciones á lo ménos fijaban su atención, y su rápida concisión satisfacía su inteligencia, tan pronto para concebir como para desmayar. Demóstenes, dirigiéndose al pueblo, mas civilizado en Atenas que en otras partes, aunque pueblo sin embargo, tenía que buscar sobre todo aquella energía familiar y natural que adorna las mas grandes cosas con términos sencillos. Su arma es el criterio; pero un criterio sublime, porque se ocupa de nobles pensamientos, de máximas generosas, y parece que sepa dar á las virtudes mas heroicas un aspecto sencillo y vulgar. Este es el carácter común de las diferentes arengas dirigidas contra Filipo.

Á pesar de la sublimidad de estas se tiene como su obra maestra la arenga *sobre la Corona*; y esta verdad nos explica cómo pudo decir Cicerón que el debate judicial era la prueba mas elevada y difícil de la elocuencia; opinión poco concebible en boca de un orador que tanto habia manejado la elocuencia política. En la oración sobre la Corona, lo que mas interesa en una lucha personal, esto es, el de-

bate entre los dos adversarios, está ennoblecido por la grandeza de los recuerdos públicos; todos los efectos oratorios de la tribuna y del foro se hallan unidos á la vez; Atenas aparece siempre entre el acusador y el acusado, y la patria es el objeto de la discusión. Esta arenga es una confutación fuerte, una apología sublime y al mismo tiempo una filípica, un discurso nacional. De aquí se puede deducir cuántos raciocinios, cuánta circunspección, cuántas aserciones eran necesarias al orador, el cual, para justificarse, recuerda á sus conciudadanos la toga deshecha y se jacta de haberles aconsejado la guerra en que fueron vencidos. La unión de tantos obstáculos con tantas bellezas es la que, según la opinión de los antiguos y del mismo Cicerón, decidía de la preeminencia de esta oración sobre todas las demas obras maestras de elocuencia.

Dionisio de Halicarnaso en un tratado muy extenso sobre la elocuencia de Demóstenes, asegura que este sobrepusó en todos géneros á los escritores que le sirvieron de modelo; á Tucídides en el género sublime y vehemente; á Lisias en el género sencillo; á Sócrates y Platon en el templado. Los modernos que no admiten esta antigua división pueden inferir que Demóstenes fué un gran orador, puesto que poseyó todos los estilos. Dionisio hace conocer mejor su verdadera superioridad con una reflexión que se puede traducir de este modo: « Cuando leo un discurso de Demóstenes, me parece estar poseído de un dios; corro aquí y allá trasportado por pasiones opuestas, la desconfianza, la esperanza, el temor, el desden, el odio, la cólera, la envidia; recibo todas las emociones que pueden dominar el corazón del hombre y me asemejo á los Coribantes, á los sacerdotes de la gran diosa que al celebrar sus misterios el vapor, el estrépito, ó el soplo de los dioses, agita á veces sus almas, llenándolas de mil diversas imágenes. » Este estro es proporcionado á la diversidad de los argumentos, aunque jamás abandona enteramente al orador. Él lo sigue en el género sencillo, y por esto precisamente es superior á Lisias, el cual en su modesto y puro aticismo desfallece á las veces, al paso que Demóstenes lo anima. Esta es una nueva prueba de que el ingenio tiene siempre algun atributo personal que lo sustrae de aquellas divisiones arbitrarias, imaginadas por los retóricos.

Dionisio, que no puede disimular esta verdad, añade muchas particularidades sobre el arteficio, la elegancia y la armonía del estilo de Demóstenes; él descompone algunas de sus frases para manifestar que por la mas leve alteración pierden una parte de su gracia y energía. Sorprenderán semejantes observaciones sobre un escritor cual nos figuramos á Demóstenes; pero es necesario recordar la importancia que los antiguos daban á la parte externa de la dicción, del uso que de ella sabian hacer, gracias á la riqueza y flexible variedad

de su lengua. Nada les parecia inútil para llegar á la perfección oratoria, que se componia de una porción de efectos artificiosamente combinados. Por otra parte, tal vez parezca algo minuciosa y escolástica la admiración de Dionisio; pero Longinos, cuya crítica es mucho mas elevada, insiste no ménos fuertemente sobre este género de bellezas y presenta de él un ejemplo sensible á nosotros mismos. Sin embargo, opina que Demóstenes todavía deja que desear bajo este aspecto; confiesa tambien que en la multitud de dotes que forman al orador, no es Demóstenes entre todos el que reúne mayor número, aun cuando posea los mas raros y mas sublimes. Demóstenes en verdad tenía que hacer á las veces lo que los grandes hombres que descuidan las pequeñas virtudes, y según su expresión, cuando se trataba de la salvación de Atenas, « no se inquietaba siempre por la colocación de una palabra. » Pero en general parece que su estilo formaba un tejido indestructible, en el cual la perfección se añade á la fuerza; tiene con frecuencia lo que llamamos expresiones de genio, es decir, expresiones tan elevadas como sus ideas.

Todos los antiguos le han criticado algunos chistes frios y groseros. Tiene otro defecto, que ciertamente proviene de una de sus dos mas grandes cualidades; posee en el mas alto grado el vehemente, y valiéndose de las palabras de Longinos « es mas fácil ver con indiferencia los rayos que caen del cielo que dejar de ser conmovido por las pasiones impetuosas que por todas partes brillan en sus obras; » pero parece privado del estilo patético y del poder de hacer derramar lágrimas, poder en que tanto sobresalía Cicerón. Á pesar de este defecto, que él debia sentir, el orador romano da á Demóstenes la palma de la elocuencia y declara que en todo es el primero. Recordando siempre su nombre con nuevos elogios, añade solamente: « Mi gusto es tan difícil y exquisito que el mismo Demóstenes no es bastante para mí. Á pesar de su preeminencia en todos los géneros y sobre todos los oradores, no llena mis oídos; tan ávidos, tan exigentes, tan codiciosos son de una perfección sin medida y sin límites. »

Demóstenes, según la crítica de Eschimo y la confesión de Cicerón y de Plinio, deja escapar algunas expresiones violentas y coléricas; pero generalmente no tiene ménos pureza que vigor. Quintiliano lo recuerda de continuo á sus contemporáneos, como modelo de aquella belleza severa tan superior á los frívolos atavíos de la afectación. Aunque el gusto moderno desea los adornos y la delicadeza del estilo, sin embargo, del modo que hoy concebimos la elocuencia, se puede creer que nos parecería mas conveniente la vigorosa sencillez de Demóstenes que el lujo oratorio que se mezcla en la verdadera y magnífica riqueza de Cicerón. Toda la gloria de Demóstenes se cifra en su

elocuencia judicial política. Solo era orador, pero ningun hombre ha sostenido mejor tan gran título y toda la ciencia de la palabra, todo el imperio que en las antiguas repúblicas ejercia la voz de un ciudadano sobre la voluntad de un pueblo, se nos revela en sus obras, monumentos de estilo y de ingenio para aquellos mismos que ya no buscan las lecciones de una elocuencia impracticable (1).

Como ciudadano no le faltó á su patria; pero el elogio que esta escribió al pié de su estatua era extremado, porque ni la generosidad de Demóstenes, ni el cálculo de Focion, pudieron salvar á Atenas. Este último aceptando, como hoy se dice, los hechos consumados, toma parte en el gobierno aristocrático de Atenas; pero cuando se restableció el democrático, los vencedores le condenaron á muerte, siendo de mas de noventa años. Bebió la cicuta con una serenidad muy común entre los antiguos, recomendando á su hijo que jamás se acordase de esta injusticia. Poco tardó su patria en arrepentirse, reclamó el desterrado cadáver y erigió una estatua á Focion *el bueno*.

Pero el bueno y el elocuente se eclipsaron á la vista del fuerte; tan connaturalizada está en el hombre la veneración á los conquistadores. Sobre Alejandro se acumularon tantas fábulas que le hubieran hecho parecer un mito, si hubiese vivido en tiempos ménos ilustrados por los historiadores. En Quinto Curcio ya se pueden ver muchas de aquellas novelas (2), y todos saben cómo en la edad média se hizo objeto de un ciclo entero de romances.

Habiendo llegado al Oriente, fué tambien mezclado con las fábulas de aquel país. Se esperaba que entre tantos adelantos como se han hecho de los estudios orientales, debiese aparecer alguna novedad histórica respecto á un personaje tan vivo en las tradiciones asiáticas. En las *Transactions of the royal society of literature of the United Kingdom* (tomo I, parte II, Lóndres, 1829), hallamos un discurso de Sir William Ouseley, el cual se habia dedicado precisamente á estas indagaciones, pero desesperó del buen éxito. « Todas las anécdotas, con pocas excepciones, dice, que hallamos en las narraciones árabes y persas, que pueden ser consideradas como históricas respecto al Macedonio, son tomadas de autores griegos y latinos, y solo me parece nacido de la ima-

(1) Estos últimos juicios están sacados de las lecciones de elocuencia de Villemain. De Demóstenes tenemos sesenta y una arengas, sesenta y cinco exordios, y seis cartas escritas desde su destierro. Es interesante el Demóstenes considerado como orador y como hombre de Estado, escrito por Becker, en 1816, en 8º, y la segunda edición de 1830-32, 2 volúmenes. El profesor Stievenart (*Une séance de l'Agora*, Paris, 1833) dió interesantes particularidades sobre la elocuencia parlamentaria de Demóstenes. A. Bouillée publicó en Paris, en 1834, una *Vie de Demosthène, avec des notes historiques et critiques et un choix des jugemens portés sur son caractère et ses ouvrages*. Últimamente Schneidewen ha publicado en alemán *Demosthenes y su época*.

(2) Por ejemplo, I. V, c. 2; I. VII, c. 5, c. 40; I. VIII capítulo 3, etc.